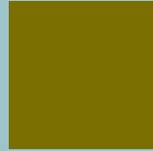




CABALLITO / ACRÍLICO Y ESMALTE ACRÍLICO SOBRE TELA / 120 X 180 CM



**LITERATURA INFANTIL MEXICANA:
LA SUPERACIÓN DEL DIDACTISMO Y EL MORALISMO**
✎ JOSÉ ANTONIO SALINAS



En
las últimas décadas
la literatura infantil y juvenil
ha vivido un auge sin precedentes.
Cada vez son más los que escriben para
un público infantil y cada vez es mayor, por
tanto, el número de libros dirigidos a los niños
y jóvenes. La abundancia de obras no significa
necesariamente abundancia de calidad, pero
es innegable que de esa avalancha de libros
hay algunos de gran calidad literaria. Lo
importante es, por ende, aprender
a elegir en ese océano de
publicaciones.



La literatura escrita expresamente para niños surge a fines del siglo XVII en Europa, aunque eso no significa que los pequeños no hayan gozado de la literatura desde tiempos remotos, pues, como afirma Carmen Bravo-Villasante, “En el estadio primitivo de nuestra literatura, niños y grandes escucharían las mismas cosas y tendrían las mismas lecturas. El infantilismo de casi todas las literaturas explica que ésta fuera apta para los niños”.

Ya en las antiguas culturas mesoamericanas, si bien no se puede hablar en sentido estricto de la existencia de una literatura infantil, contaban con cantos, himnos, leyendas, adivinanzas y juegos de palabras de los que también habrían disfrutado los infantes. La literatura prehispánica dirigida a los niños no estaba exenta de un tono didáctico. Ejemplo de ello son los huehuetlahtolli o “palabras antiguas”, que eran consejos, discursos o charlas educativas dirigidas a los hijos. Bernardino de Sahagún transcribió al español algunos huehuetlahtolli como “Consejos del padre a su hija” y “Exhortación de un mexicano a su hijo”.

Durante la época colonial mexicana, la literatura infantil estuvo marcada por una fuerte impronta educativa y religiosa. En este tiempo surgen los primeros libros para niños, pero no se pensó en su entretenimiento, sino en imponerles una visión católica del mundo. Así, no es de extrañar que el primer libro para niños en la Colonia sea un catecismo de la doctrina cristiana, editado por el fraile Pedro de Gante, también fundador de la primera escuela en la Nueva España. La mayor parte de la literatura infantil (española y universal) provenía de Europa, y se caracterizaba por su fuerte carácter didáctico y religioso. Pero a ésta sólo tenía acceso un grupo reducido de infantes, conformado fundamentalmente por hijos de españoles. La mayor parte de la población infantil mexicana sólo podía acceder a los textos religiosos (vida de santos, biblias, historias sagradas, etc.), fábulas, canciones y juegos que formaban parte de la tradición oral española, indígena y, en menor medida, africana.

A mediados del siglo XVIII surgen en Europa las primeras publicaciones periódicas para niños: *The Lilliputian Magazine* (1751-1752) y *The Museum for Young Gentleman and Ladies* (1758), publicadas en Inglaterra. En España aparece en 1798 el primer periódico infantil,

editado por Josep y D. Bernabé; la intención didáctica de la publicación se evidencia desde su mismo título, que parece pensado más que todo para ahuyentar a los lectores: *Gaceta de los niños o principios generales de moral, ciencias y artes, acomodados a la inteligencia de la primera edad*. Más de medio siglo después ven la luz en México las primeras publicaciones periódicas dirigidas a los niños: *El Mentor Mexicano* (1811), *El Correo de los Niños* (1813) y *Diario de los Niños* (1839-1840), editadas por el periodista Wenceslao Sánchez.

La literatura infantil mexicana del siglo XIX está impregnada de un tono educativo y moralista. La fábula, apropiada para la transmisión de moralejas, es el género predominante en esta centuria. Marcado por las luchas independentistas, el siglo XIX es madre de una literatura infantil de acentuado carácter político, sobre todo en contra del dominio español. Uno de los principales autores para niños, y no sólo para ellos, es el escritor José Joaquín Fernández de Lizardi. El Pensador Mexicano es autor de la primera novela hispanoamericana, *El Periquillo Sarmiento*, que a su vez es un libro, si no para niños, sí para jóvenes (el texto lo escribe con el fin de que fuera una lectura educativa para sus hijos). Haciendo uso de la sátira, Lizardi reprende los vicios de la sociedad y al mismo tiempo intenta divertir a sus lectores. Así, la función educativa de su obra se funde con un elemento que se empleará con más frecuencia en los siglos posteriores: el humor. Lizardi es autor asimismo de otras obras destinadas a los niños, como *Fábulas* y *La Quijotita y su prima*.

Además de Fernández de Lizardi, entre los siglos XVIII y XIX destacan escritores para niños como Luis de Mendizábal, autor de *Fábulas políticas y militares*; Ignacio Fernández de Córdova, quien publicó *Fábulas* y *Fábulas escogidas*, y José Ignacio Basurto, autor de uno de los primeros libros editados para niños en el siglo XIX —su título tampoco deja entrever que Basurto pensara demasiado en el placer de la lectura de los niños: *Fábulas morales para la provechosa recreación de los niños que cursan las escuelas de primeras letras*. Otro escritor para niños del siglo XIX es José Rosas Moreno, considerado por diversos críticos como el mejor fabulista mexicano.

En la primera mitad del siglo XX la literatura infantil mexicana sigue marcada por el tono

LA CELEBRACIÓN DE LA PRIMERA FERIA INTERNACIONAL DEL LIBRO INFANTIL Y JUVENIL EN 1981 SUPONE UN VERDADERO PARTEAGUAS EN LA LITERATURA INFANTIL MEXICANA.

didáctico y moralista de las épocas anteriores, y son aún escasos los narradores que escriben para un público infantil. En las primeras décadas de la centuria pasada, la labor editorial de la Secretaría de Educación Pública y los esfuerzos de José Vasconcelos suponen un gran impulso a la difusión de la literatura infantil. Vasconcelos, motivado por sus ideales revolucionarios, nacionalistas y humanistas fue un promotor de la educación y la cultura universal. En 1924 edita *Lecturas clásicas para niños*, una antología en dos tomos que reúne cuentos, leyendas, biografías y episodios históricos adaptados por escritores mexicanos y latinoamericanos de gran renombre. La intención de Vasconcelos: que el niño adquiriera una cultura universal.

En las primeras décadas del siglo XX predominan los libros infantiles colectivos en los que la literatura sigue siendo sierva de la moral y la pedagogía. En las palabras de Juan Pérez Gómez, uno de los autores de la antología *Príncipe*, se observa claramente la intención edificante del autor: “He procurado seguir en todo, por lo que respecta al héroe de la obra, la verdadera enseñanza, es decir, la Enseñanza positiva; les presento a ‘Príncipe’ obrando siempre bien, no hay en él ninguna acción que no esté dentro de la más absoluta moral pues esa enseñanza a que aludo, nos dice que para educar al niño, no hay que presentarle lo malo que pudiera despertar en él la curiosidad de conocerlo, sino lo bueno, para que hacia ello se sienta siempre inclinado.”

La literatura infantil se vuelve también vehículo de las ideologías y filosofías de la época. Así, en las primeras décadas del siglo XX se publican libros de tendencia socialista y revolucionaria como *Cuentos infantiles* (1933) de Gabriel Lucio, o de inclinaciones positivistas como *Troka el poderoso* del escritor estridentista Germán List.

Si antes de los años ochenta la narrativa infantil es escasa, más aún es la poesía infantil. Lo común es la edición de antologías que reúnen poemas pocas veces creados expresamente para niños, donde figuran autores como Alfonso Reyes, Homero Aridjis, Rosario Castellanos Octavio Paz, José Emilio Pacheco. Mientras que en la narrativa destacan autores como Pascuala Corona y Blanca Lydia Trejo, en la poesía infantil ocupan un lugar especial Amado Nervo, Juan José Tablada y Francisco Gabilondo Soler, creador de Cri Cri.

Según Mario Rey, la celebración de la primera Feria Internacional del Libro Infantil y Juvenil en 1981 supone un verdadero parteaguas en la literatura infantil mexicana. Pero trazar tajantemente un antes y un después en la literatura infantil tomando este año como línea divisoria me parece que nace más bien de un afán clasificatorio antes que de una correspondencia exacta con la realidad; sin embargo, como destaca el mismo Mario Rey, esta fecha resulta de gran importancia en este campo porque concentra esfuerzos y sirve de impulso al creciente interés de autores, librerías, promotores y editores en la literatura destinada a los pequeños.

En las últimas décadas del siglo XX surgen numerosas editoriales dedicadas a literatura infantil y juvenil, y las que antes desdeñaban este género comienzan a abrir colecciones para los pequeños. Cada vez son más los que escriben para un público infantil, y algunos que anteriormente sólo escribían para adultos, incursionan en este terreno. Detrás de todo este auge de la literatura para niños y jóvenes existe sin duda también un fuerte interés comercial: la literatura infantil se ha vuelto para algunos editores un gran negocio. Juan Villoro, por ejemplo, afirma en una reciente entrevista que su novela infantil *El profesor Zíper y la fabulosa guitarra eléctrica* ha superado las ventas

LA LITERATURA "EDIFICANTE" COMIENZA A SER DESPLAZADA POR LAS OBRAS CREADAS EN PRIMER LUGAR PARA EL DISFRUTE DE LOS PEQUEÑOS.



de todos sus libros publicados juntos. En este caso se trata sin duda de un autor cuya obra sobresale por sus cualidades literarias, pero evidentemente mucho de lo que se promueve y se vende exitosamente escasea en méritos literarios.

A partir de los años setenta comienzan a abordarse en la literatura infantil mexicana temas antes vedados para los niños, se rompen las estructuras narrativas tradicionales y, sobre todo, se da un paso de gran importancia: las intenciones educativas o morales del autor ceden terreno a la estética literaria. La literatura “edificante” comienza a ser desplazada por las obras creadas en primer lugar para el disfrute de los pequeños. Así, la literatura infantil adquiere la función que según Gianni Rodari debe cumplir: la de fungir como un juguete, un juguete hecho esencialmente de palabras y de imágenes. Antes que atiborrarlos de consejos y soporíferos principios morales, los autores desean contribuir también a la felicidad del niño y al desarrollo de su imaginación.

Después de siglos de estar ceñida al corsé de la pedagogía, buena parte de la literatura infantil se ha logrado liberar de ella. La transmisión de ciertos

valores o contenido educativo a través de la literatura no supone algo negativo en sí mismo ni demerita, a mi juicio, una obra literaria (finalmente, ninguna obra escapa a transmitir ciertos valores o ideología, aunque sea de manera implícita o no intencionada por el autor), pero el problema surge cuando la literatura se emplea como vehículo de principios educativos y morales en detrimento de la calidad literaria. Entonces deja de ser lo que antes que nada deber ser: arte. Esta literatura que no se crea pensando en el disfrute de los niños, contribuye además a su rechazo hacia los libros. Por otra parte, para lograr que descubran el placer de la lectura y se conviertan en futuros lectores hay que dejarlos elegir los libros (no habrán de ser necesariamente obras literarias) que más despierten su interés, que más satisfagan sus inquietudes intelectuales. Imponer cierta literatura a los pequeños y a los jóvenes, ya sea con el fin de inculcar en ellos ciertos principios o valores, o por cualquier otra razón, es la mejor manera de cultivar el odio hacia los libros e impedir que descubran el placer y los beneficios de la lectura. ∞